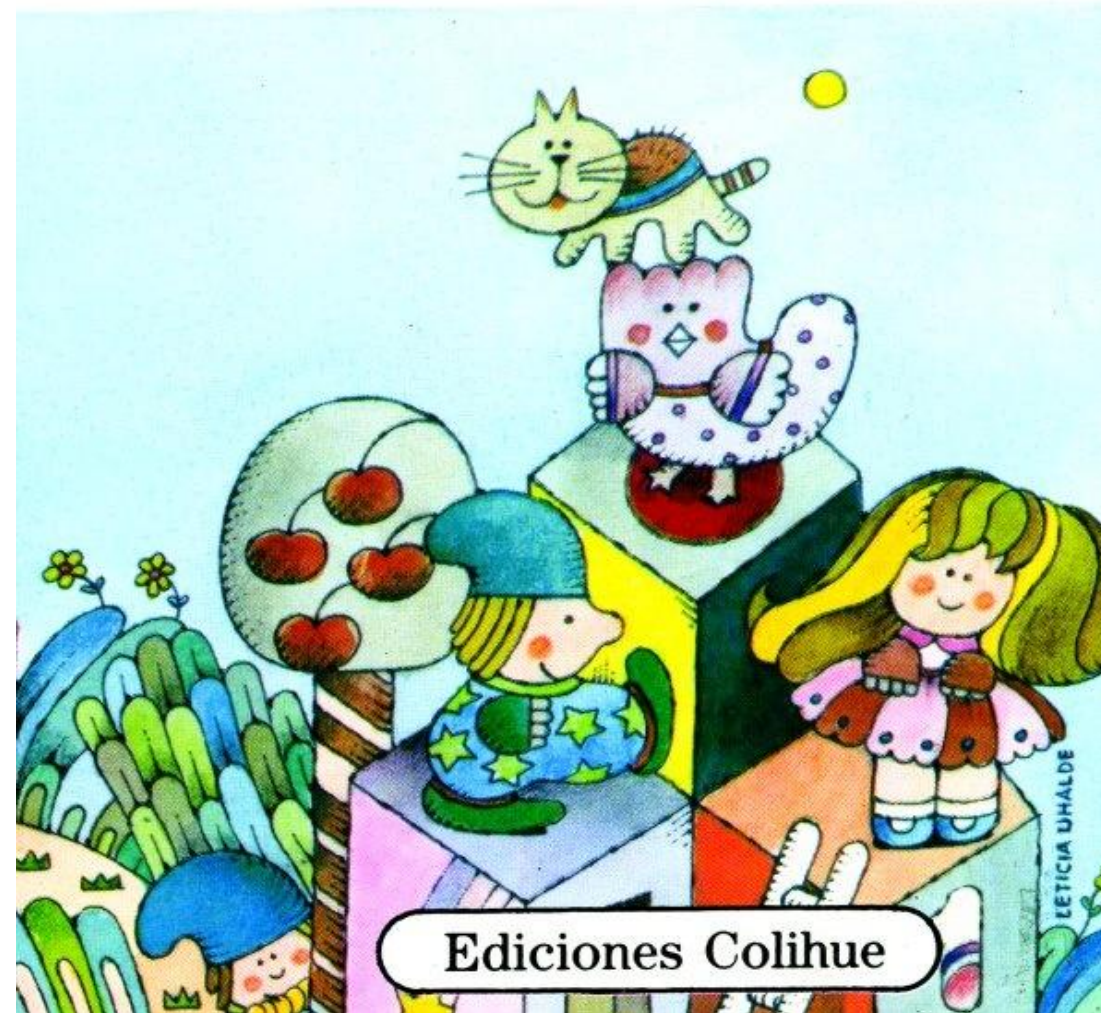




Libros
del malabarista

Laura
Devetach

La torre de cubos



Laura Devetach

La torre
de
cubos



Libros del
malabarista

Ediciones Colihue

Laura, Devetach

La torre de cubos. - 1ª. ed. 12º reimp. - Buenos Aires :
Colihue, 2006.

112p. : 17x12 cm.- (Libros del malabarista)

ISBN 950-581-515-8

1. Literatura Infantil y Juvenil Argentina I. Título
CDD A868

Tapa: Myriam Holgado

Viñeta: Víctor Viano

LA FOTOCOPIA
MATA AL LIBRO
Y ES UN DELITO



1ª edición / 12ª reimpresión

I.S.B.N.-10: 950-581-515-8

I.S.B.N.-13: 978-950-581-515-9

© Ediciones Colihue S.R.L.

Av. Díaz Vélez 5125

(C1405DCG) Buenos Aires - Argentina

ecolihue@colihue.com.ar

www.colihue.com.ar

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

IMPRESO EN LA ARGENTINA - PRINTED IN ARGENTINA



Carta a los chicos



Este libro nació hace más de 20 años, en 1964, cuando mi hija mayor dibujaba monigotes en las paredes y jugaba con los cubos amarillos y rojos que le había hecho su papá. Fue mi primer libro para los chicos y aunque muchas cosas parecen fantásticas, nacieron de la realidad.

Yo vivía en Córdoba, en un barrio donde a veces los padres se afligían porque sus hijos terminaban rápido los cuadernos, y ellos no podían comprarles otro en seguida. Era un barrio donde se podía dibujar monigotes en las paredes, con car-

bón, ladrillo o lo que encontraran, porque las paredes eran menos importantes que los chicos. Donde a la tardecita se sentaban en el patio de mi casa y escuchaban un cuento de tres marineritos que no conocían el mar. Porque ni ellos ni yo conocíamos el mar. Entonces lo inventábamos juntos.

A veces yo viajaba a Buenos Aires. Me gustaba pasear cerca del obelisco. Un día, ahí nomás adelante mío, vi un deshollinador que parecía escapado de un dibujo. Y claro, le di trabajo en un cuento.

¿Y ustedes? ¿Dibujaron monigotes en alguna parte? ¿Hicieron torres con algunas cosas? ¿Plantaron semillas, cuadernos, o algo así de estrafalario? Si me lo quieren contar, pongan en un sobre un silbidito como el de Mauricio y ¡lo mandan!

Laura



La torre de cubos

A todas las maestras y
todos todos los maestros
que hicieron rodar
estos cuentos
cuando no se podía,
¡muchas gracias!

“Mi tren es un gusano amarillo y rojo”, pensó Irene. “Chucuchuf, chucu-chuf, chucu-chuf”.

La hilera de cubitos se deslizaba sobre los mosaicos pulidos. La niña los empujaba de atrás salpicando el piso con un poco de saliva cada vez que decía “chucu-chuf”.

Mamá no estaba. Tardaría en regresar trayendo su aromática bolsa llena de frutas y verduras. Cuando volviese, Irene la asaltaría y clavaría los dientes en el jugo abultado de las uvas. Entre tanto,

armaba cosas con sus cubitos amarillos y rojos y hablaba con ellos mientras sentía el frío de los mosaicos.

“Haré una torre inmensa, como una víbora parada con la cola”. Pero la idea le pareció un poco simple y decidió hacerle una ventana en el medio, como si la víbora se hubiese tragado una uva de las que traería mamá. Pero una uva del tamaño de una manzana.

Rojo, amarillo, rojo, amarillo, uno, dos, siete, ocho. Ahora, cuidadosamente, una tablita plana en equilibrio. Sobre la tablita un cubo en cada extremo. Sobre los dos cubitos otro uniéndolos y otra vez rojo, amarillo, rojo, amarillo. La ventana estaba lista en el medio de la torre. Era así, chiquita. Como para que se asomase una persona del tamaño del dedo pulgar de Irene. La torrecita temblaba de miedo

de romperse, pero se mantenía firme.

Justo cuando Irene colocaba con suavidad el último cubo se le ocurrió la idea de mirar a través de la ventana.

Primero parpadeó tres veces. Luego cinco, porque desde el otro lado una cabra le sacó la lengua. Dio vueltas alrededor de la torre pero sólo veía mosaicos y los cubos que habían sobrado.

Se agachó nuevamente, espiando por el agujerito, y la cabra le dijo: “¡meee!””. Irene no sabía qué pensar. Espió de nuevo. Había colinas azules y muchísimos durazneros en flor. Las cabras blancas subían y bajaban por una montañita de todos colores.

Detrás de la ventana Irene no veía nada. Sólo su aburrido piso de mosaicos. Delante de la ventana

tampoco. Intentó pasar una pierna por el agujero, pero la punta de su zapato era demasiado ancha. ¿Y sus piernas? ¿Y su cintura? ¿Y su gran cabezota amarilla? No, no podría pasar, ni podría jugar con las cabras en las hermosas colinas.

Metió un dedo y una cabrita se lo lamió. Irene lo retiró asustada. Dio varias vueltas alrededor de su torre pero no encontró nada nuevo.

El vendedor de tortas, después de esperar largo rato que le abrieran la puerta de calle, entró y le ofreció una riquísima masa cuadrada cubierta de azúcar. "No", le dijo Irene, apurada porque se fuera para poder seguir mirando por la ventana de la torre.

—¿No? —preguntó el viejo—, siempre te gustaron, ¿por qué hoy no?

—Estoy ocupada. Tengo que mirar por la ventana de mi torre.

—¿De esa torre?

El índice color madera señalaba la finísima torre de Irene.

—Sí, es una torre muy rara. Tiene cabras y colinas azules adentro. Me gusta más que tus tortas de azúcar.

—¿Puedo ver yo también?

El viejo dejó su canasto dulce en el suelo y de rodillas espió por la ventanita.

—¡Ja ja! —rió—. Esas cabras son muy mal educadas.

—¿Dónde están? ¿Podrías decirme dónde están? Detrás de la torre no hay nada, delante tampoco. Yo no puedo atravesar ese agujero.

—¡Hum...! —meditó el viejo, agachado frente a Irene. Su rostro misterioso se mostraba preocupado—. ¿Probaste pasar por sobre la torre?

—¡Pero es muy alta! —se quejó Irene—. ¿No te parece que es la torre más alta del mundo?

—Tal vez... Podrías voltearla al pasar por encima, pero no hay otra

solución. Sólo así llegarás a las colinas y a los durazneros.

Irene se tomó la pollera con la punta de los dedos. Con el vértice de sus piernas rozó el último cubito. La finísima torre se estremeció, como de frío, y quedó quietita nuevamente. Irene hizo un saludo al viejo y se puso a saltar por las colinas azules mientras las cabras la miraban muy serias.

Era un verano tierno, de durazneros. Era un cielo liso como dibujado en la arena por la palma de una mano. Eran unas briznas de lenguas mojadas y allá, a lo lejos, enroscando humaredas desde las chimeneas, un grupo de casitas.

En Pueblo Caperuzo todos tomaban té con miel a las cinco de la tarde. Aquella miel era como una buena palabra. Irene la extendió suavemente sobre el pan blanco y

la comió mientras oía cosas maravillosas.

Los caperuzos eran duendes cubiertos con enormes capuchas de colores. Festejaron con pan y con miel la llegada de Irene.

—Nosotros defendemos, —explicaron—, defendemos al que lo necesita.

—¿A mí, cuando los chicos quieren pegarme?

—No, porque eso no es importante. Vos tenés fuerza para defenderte sola e inteligencia para resolver tus problemas. Nosotros defendemos otras cosas.

—¿Qué? —preguntó Irene, no muy conforme con los caperuzos.

—Defendemos a los negros, cuando los blancos los desprecian. Les susurramos al oído “negro, negro, tu cuerpo es brillante como la piel de la manzana, tu cuerpo es bueno y buena tu cabeza. Tus manos son

raíces que fuera de la tierra morirían. Hay que enterrarlas, aquí, y crecer y transformar los jugos del mundo para dar frutos. Negro, negro, —así les decimos—, hay que trabajar y aprender y enseñar hasta que cada brizna del campo reconozca tu buen cuerpo brillante como una manzana”.

—Así les decimos. También el blanco nos oye. Sentados en su hombro tintineamos sin cesar. El laberinto de su oreja es tobogán para nosotros, para que podamos caer dentro de su cabeza clara. “Blanco, blanco, —les decimos—, que el fino papel que te envuelve no te diferencie de otro hombre. El pan en que hincas el diente es igual al del otro”.

Irene recordó a sus compañeros oscuros. Pedro, por ejemplo, el hijo de la lavandera. Nunca le había contado que los caperuzos le habla-

ban al oído. ¿Y ella? ¿Los había escuchado alguna vez? Sí, claro. Ahora recordaba.

Los duendes de colores la llevaron a las colinas azules. Colgaban de los durazneros ligeros columpios, en los que Irene se hamacó riendo. La boca se le llenaba de viento con sabor a té.

Subieron después a delicados botecitos pardos, hechos con cáscaras de nueces y castañas. Meciéndose en el agua color membrillo Irene aprendió nuevas canciones de cuna.

El sol era un jugo lento sobre las colinas azules; Irene pasó toda la tarde conociendo maravillas. Aprendió a hacer delicadas torres de arena, a llamar a los peces rojos, a remontar barriletes desde los barquitos pardos.

Cuando cayó la noche las aguas color membrillo se pusieron más

intensas y un incendio de estrellas se volcó en la superficie de las colinas. Las casitas seguían enroscando humaredas con sus chimeneas. Al acercarse al pueblo dejaron atrás el claro garabato de los durazneros.

En una de las casitas, Irene tomó chocolate y después ayudó a secar las tazas a papá caperuzo. Este era tan alegre, que la niña temía que rompiese las hermosas tacitas y los platitos delicados.

-Siem-pre-la-vo-los-pla-tos-pa-ra-a-yu-dar-a-ma-má —cantó papá caperuzo bailoteando con el repasador blanco colgado del brazo. Mamá caperuza sonreía mientras adornaba con azúcar unas hermosas tortas calientes.

Irene se sentía feliz allí. El olor a pan y a durazneros le llenaba el cuerpo. Las casitas caperuzas eran pepitas de luz suspendidas entre

las colinas. Cuando regresara a casa le diría a mamá que trataran de vivir como los caperuzos; así de contentos, por lo menos. Le diría a papá que de vez en cuando secasen entre los dos los platos, hiciesen tortas morenas cubiertas de azúcar, y echasen a mamá de la cocina, para luego darle una sopresa. ¡Tenía tantos papeles en su portafolios, papá! ¡Y hablaba siempre de cosas tan serias! Así no podían estar contentos. Papá estaba muy poco en casa.

Irene cantó una alegre canción con los caperuzos y luego pensó que debía regresar.

Un pequeñito apilaba cubos dorados. Al mirar por la ventanita de la torre, Irene vio a mamá que la buscaba por la casa. Sus aromáticas bolsas de frutas y verduras estaban en el piso, junto a los cubitos amarillos y rojos.

Se levantó la pollera y el vértice de sus piernas rozó apenas la torre dorada. Con los dedos en manojo arrojó un beso para los caperuzos y corrió a morder el jugo de las abultadas uvas de mamá. Estaba segura que si se lo proponía, su casa sería muy pronto una casa de caperuzos.



La planta de Bartolo

El buen Bartolo sembró un día un hermoso cuaderno en un macetón. Lo regó, lo puso al calor del sol, y cuando menos lo esperaba, ¡trácate!, brotó una planta tiernita con hojas de todos colores.

Pronto la plantita comenzó a dar cuadernos. Eran cuadernos hermosísimos, como esos que gustan a los chicos. De tapas duras con muchas hojas muy blancas que invitaban a hacer sumas y restas y dibujitos.

Bartolo palmoteó siete veces de contento y dijo:

—Ahora, ¡todos los chicos tendrán cuadernos!

¡Probrecitos los chicos del pueblo! Estaban tan caros los cuadernos que las mamás, en lugar de alegrarse porque escribían mucho y los iban terminando, se enojaban y les decían:

—¡Ya terminaste otro cuaderno!
¡Con lo que valen!

Y los pobres chicos no sabían qué hacer.

Bartolo salió a la calle y haciendo bocina con sus enormes manos de tierra gritó:

—¡Chicos!, ¡tengo cuadernos, cuadernos lindos para todos! ¡El que quiera cuadernos nuevos que venga a ver mi planta de cuadernos!

Una bandada de parloteos y murmullos llenó inmediatamente la casita del buen Bartolo y todos los

chicos salieron brincando con un cuaderno nuevo debajo del brazo.

Y así pasó que cada vez que acababan uno, Bartolo les daba otro y ellos escribían y aprendían con muchísimo gusto.

Pero, una piedra muy dura vino a caer en medio de la felicidad de Bartolo y los chicos. El Vendedor de Cuadernos se enojó como no sé qué.

Un día, fumando su largo cigarro, fue caminando pesadamente hasta la casa de Bartolo. Golpeó la puerta con sus manos llenas de anillos de oro: ¡Toco toc! ¡Toco toc!

—Bartolo —le dijo con falsa sonrisa atabacada—, vengo a comprarte tu planta de hacer cuadernos. Te daré por ella un tren lleno de chocolate y un millón de pelotitas de colores.

—No. —dijo Bartolo mientras comía un rico pedacito de pan.

—¿No? Te daré entonces una bicicleta de oro y doscientos arbolitos de navidad.

—No.

—Un circo con seis payasos, una plaza llena de hamacas y toboganes.

—No.

—Una ciudad llena de caramelos con la luna de naranja.

—No.

—¿Qué querés entonces por tu planta de cuadernos?

—Nada. No la vendo.

—¿Por qué sos así conmigo?

—Porque los cuadernos no son para vender sino para que los chicos trabajen tranquilos.

—Te nombraré Gran Vendedor de Lápidas y serás tan rico como yo.

—No.

—Pues entonces —rugió con su gran boca negra de horno—, ¡te quitaré la planta de cuadernos! —y se

fue echando humo como la locomotora.

Al rato volvió con los soldaditos azules de la policía.

—¡Sáquenle la planta de cuadernos! —ordenó.

Los soldaditos azules iban a obedecerle cuando llegaron todos los chicos silbando y gritando, y también llegaron los pajaritos y los conejitos.

Todos rodearon con grandes risas al vendedor de cuadernos y cantaron “arroz con leche”, mientras los pajaritos y los conejitos le desprendían los tiradores y le sacaban los pantalones.

Tanto y tanto se rieron los chicos al ver al Vendedor con sus calzoncillos colorados, gritando como un loco, que tuvieron que sentarse a descansar.

—¡Buen negocio en otra parte! —gritó Bartolo secándose los ojos,

mientras el Vendedor, tan colorado como sus calzoncillos, se iba a la carrera hacia el lugar solitario donde los vientos van a dormir cuando no trabajan.



El deshollinador
que no
tenía trabajo

Buenos Aires es una ciudad muy grande que no está hecha ni de caramelo, ni de galleta, ni de café, sino de casas altísimas, de autos, de semáforos, y de calles que se trenzan entre sí nada más que para confundir al que no conoce la ciudad. Por eso el deshollinador que venía desde muy lejos a deshollinar el obelisco, se había perdido.

Estaba sentado en el cordón de una vereda, llorando, con los codos apoyados en las rodillas. La bicicleta descansaba a su lado como un

caballito que espera comida. La gente tropezaba con ellos, porque la vereda era demasiado angosta y todos estaban apuradísimos.

—¿No tiene otro lugar donde sentarse? —preguntó un señor que llevaba un portafolios. No se detuvo para decirle eso; lo dijo mientras se deslizaba, atolondrado, entre cientos de otros señores con portafolios y cara de dolor de estómago.

—¡Oiga, no moleste!

—¡Amigo, qué lugar elige para sentarse!

—¡Hay cada imprudente!

Una señora muy gorda le pateó la bicicleta. Una señorita pasó tranquilamente por sobre él. Otro señor con portafolios le tiró la ceniza de su cigarro en el sombrero. Pero Totó, que venía de la escuela, se detuvo. Lo miró primero con los ojos como hechos con un compás. Le dio vueltas alrededor, despacito. Des-

pués se agachó, murmurando:

—¡Un deshollinador, un deshollinador de verdad! ¿De dónde viniste?

Carbonilla, el deshollinador, levantó su cara blanqueada por las lágrimas y al ver a Totó sonrió un poco contento.

—¡Al fin alguien que me ve! No sabés cuánto hace que ruedo por estas calles y todos me pisan y empujan y a nadie le importa un pepino de mí. Soy Carbonilla, y vengo a deshollinar el obelisco. ¿Dónde está el obelisco?

—Bueno, bueno —dijo Totó sentándose al lado de Carbonilla—. Yo soy Totó y sé hacer los globos de chicle más grandes, pero... decime, ¿quién te dijo que hay que deshollinar el obelisco?

—Yo ando por muchos caminos en mi bicicleta. Por caminos verdes, caminos color manzana, carre-

teras de dulce, y cuando no hay caminos, me bajo de la bicicleta y los dibujo yo con un poco de hollín que llevo en el bolsillo. En uno de esos caminos alguien me habló de Buenos Aires y me dijo que tenía una chimenea muy alta, que se llama obe... obe... ¿cómo era?

—Obelisco.

—Sí, eso, obelisco. ¿Dónde está el obelisco? Decime, que estoy apurado por limpiarlo. ¡Hay tan pocas chimeneas para limpiar!... Bueno, chimeneas hay muchas, pero ya nadie me necesita.

Totó se quedó pensando, ¡al fin sabía para qué era el obelisco! ¡Claro, era para despedir humo! Aunque él nunca había visto humo en la punta del obelisco. Sería porque estaba sucio. Cuando preguntaba todos le decían impacientes: —¡Para qué va a servir el obelisco!, para

estar donde está, para eso es un obelisco.

—Decime Carbonilla, ¿quién vive en el obelisco?

—¿No lo sabés vos, que vivís en Buenos Aires?

—No, cuando pregunto me dicen que nadie, y me miran como si yo fuera zonzo.

—Ah, es que los grandes siempre se olvidan de lo que es importante.

—Pero vos, deshollinador, ¿no sos un grande?

—Yo soy un deshollinador —respondió Carbonilla muy ofendido, y tomando uno de sus negros cepillos, se sacó el sombrero y se cepilló prolijamente la cabeza. Después cepilló con cariño su bicicleta.

—Vamos, Totó, vamos hasta el obelisco y así nos enteraremos de quién vive allí.

—Pero para deshollinar el obelis-

co vas a necesitar cepillos larguísimos.

—No, un buen deshollinador deshollina con su propio cuerpo, recorre las chimeneas por dentro, de arriba para abajo y de abajo para arriba sacándoles hasta el último secreto. ¡Vieras todo lo que aprendí en las chimeneas! Se esconden adentro las mejores canciones del viento, las adivinanzas y los versitos que a veces se escapan. También se meten los globos que vuelan, y la risa, ¡qué cantidad de risa hay dentro de las chimeneas!

—¿Cómo es la risa?

—Como una bolita picante. Yo salgo con los bolsillos llenos. ¡Ja ja jarajaja! ¿No ves? ¡Ja ja juju! ¡Es muy contagiosa!

—¡Ji ji ji ji ji! —rió Totó—. ¡Jo jo jo jo! ¡Cierto, ya me contagiaste!

—¡Ja ja ja! ¿Querés maní? ¡Jo jo jo, comeme a mí!

—¡Ja ja ja ji ji ji! —rió Totó muy contento—. ¡Vamos al obelisco!

Carbonilla montó de un salto en la bicicleta, acomodó sus cepillos renegridos y sentó a Totó en el manubrio. Así empezaron a meterse pedaleando por entre los autos. Carbonilla negro y flaco como su bicicleta, hechos de alambre los dos. Totó, riendo como loco, sentado en el caño. Nadie los veía. Por ahí el tránsito se enredaba de una manera espantosa. Los conductores se insultaban entre sí. Pero nadie veía a Totó y Carbonilla en la bicicleta, porque estaban muy ocupados en pelear y con un enojo de muchos años encima.

Por eso es bueno ver cuando el tránsito se complica, si no anda por allí algún deshollinador en bicicleta.

El obelisco se levantaba como un

largo caramelo apuntando a las nubes. Carbonilla saltó de la bicicleta y la apoyó contra el obelisco. Tomó a Totó de la mano y muy emocionados golpearon los dos con timidez. "Toco tóo toco tóo", sonaron los golpecitos como si cayeran seis manzanas en el fondo de un canasto.

—¿Uuuh, uuuh? —preguntaron desde adentro.

—Hola, soy Carbonilla, el deshollinador. ¿Quién vive aquí? Me dijeron que hacían falta mis cepillos por estos lugares.

—¿Uuuuh?

—Sí —dijo Totó—, abran pronto, yo soy Totó, el ayudante del deshollinador, y queremos saber quién vive acá.

—¡Boing boing uuuh trr trr clan clan!

—¿Qué ruidos son esos? —Carbonilla estaba un poco asustado—. En

ninguna chimenea oí tanto barullo.

Se abrió la puerta del obelisco y asomó una multitud de siluetas de mil colores, elásticas, delicadas, movedizas. Se achicaban y agrandaban sin cesar, como si estuvieran hechas de goma luminosa.

—¿Un deshollinador? —preguntó una silueta verde que se arqueaba como una lombriz.

—Creo que les han informado mal —dijo otra azul, que parecía una espiral fosforescente.

—Aquí no tenemos chimenea ¡trrron trrron!

—Ni humo ¡clan clan!

—Ni hollín ¡fuiiiii!

—Ni precisamos deshollinadores ¡uh uh uh!

—Ni ayudantes de deshollinadores ¡poing poing!

—Pe... pero —dijo Totó muy aturrido pues esas cosas que parecían cintas movedizas hacían más rui-

dos que una reunión de sapos—.
¿Quién vive aquí?

—Los ruidos ¡tron tron tron!

—Los ruidos de la ciudad ¡poing poing!

—Somos los bocinazos ¡tuut! ¡tuut!

—Y las sirenas ¡uuuh uuuh uuuh!

—Y los motores ¡trrr trrr!

—¿Quieren pasar a escucharnos un ratito?

Carbonilla no decía nada pero se había encogido de tristeza hasta quedar chiquito en un rincón.

—¿Qué haré? —decía—. Ya no hay lugar para mí en ninguna parte.

—Uuuh —dijo la sirena— las chimeneas han crecido, ahora son como torres.

—Trrr trrr —dijo el motor— pero no sirven para vos, pobre Carbonilla.

—Los hogares ya no existen, cambiaron las estufas —dijo un bocinazo sonoro.

—No llores Carbonilla, ya veremos qué hacer.

—¿No quieren subir a ver la ciudad desde la punta del obelisco? —preguntaron los ruidos, tratando de alegrar al pobre Carbonilla.

—Vamos, vamos. —y Totó arrastró a su amigo por una espiral color naranja; así llegaron a la punta del obelisco.

—¡Qué grande es la ciudad! —Carbonilla tenía una tristeza tibia como el verano—, y no hay trabajo para mí. ¡Cuántas chimeneas que yo no puedo deshollar!

Totó miraba encantado. Buenos Aires parecía una cajita de luces, un delicado juguete brillante como para tener en el hueco de la mano, igual que a una luciérnaga. De pronto, allá en una de las mil ventanas de los rascacielos, Totó vio algo.

—¡Vamos, Carbonilla, volando,

ya sé lo que podés hacer de ahora en adelante!

Bajaron por un tobogán violeta, deslizándose muy ligero. Los colores y los ruidos los siguieron como si fueran una murga.

—¡Adiós y gracias, ruidos, adiós!

—Uuuuh - trrr trrr - tuuut tuuut - poing poing. ¡Vuelvan alguna vez!

Ya fuera del obelisco, Totó cepilló bien el traje oscuro de Carbonilla que, tristemente, lo dejaba hacer. Le puso el sombrero de alas anchas, le limpió los zapatos que tenían la boca abierta y le dio unas palmaditas en el hombro.

—¡Vamos deshollinador, vamos a buscar trabajo!

La bicicleta rodó esquivando autos mientras Totó silbaba. Carbonilla se envolvía en una serie de suspiros muy tristes. Pasaron al pie de un edificio que se perdía en el aire.

—Allá —dijo Totó— en la última ventanita, esa que más que ventana parece una estrella, está una amiga mía.

—¿Y qué tengo que ver yo con tu amiga? —gruñó Carbonilla—, si es seguro que se calienta en invierno con una sucia estufa a gas, que ni siquiera es capaz de hacer humo.

—No seas así Carbonilla. El tiempo pasa y si no cambiaran algunas cosas, todavía viviríamos en cuevas ¡y en cuevas sin chimeneas!

—Sí... pero es muy feo para mí ver que ya no sirvo para nada.

—¿Y si yo te dijera que vas a servir para mucho?

Carbonilla suspiró, dio una mano al chico y tomando con la otra la bicicleta, subieron al ascensor. La gente que subía y bajaba ni reparó en ellos porque estaba muy ocupada.

—¿Viste? —gimoteó—. Ni me ven.

—Pero Laura te verá —dijo Totó muy convencido.

Cuando Laura oyó el timbre de su departamento, se desperezó, mordió rápidamente la galleta que estaba comiendo y abrió la puerta.

—¡Totó, qué alegría! ¡Y... oh! ¡Con un deshollinador; un deshollinador de verdad! Pasen, pasen. Sentate deshollinador, aquí en el sofá.

Laura daba saltitos alrededor de Carbonilla.

—¿Viste Carbonilla? ¿Qué te dije yo? ¡Laura sí que sabe lo que valés! —dijo Totó con orgullo.

—Yo... yo... soy un pobre deshollinador. Ando por los caminos verdes...

—Y por los caminos color manzana y por las carreteras de dulce y cuando no hay caminos, los dibujás con un poco de hollín que llevás en el bolsillo —dijo Laura mientras le arreglaba el saco, le cepillaba el pe-

lo y apoyaba cuidadosamente la bicicleta contra la pared. Carbonilla estaba asombrado.

—Ahora comeremos galletitas que hice yo en mi horno y tomaremos chocolate.

—¡Muy bien, muy bien! —aplaudió Totó. Carbonilla empezó a reírse, sin saber por qué.

—Yo conozco todas las chimeneas —dijo Laura con seriedad mientras se chupaba los dedos— y los deshollinadores, y los monigotes de las paredes. Y sé lo que les pasa a los chicos cuando se tragan un silbido; y sé adónde se esconden las campanadas de los relojes.

Carbonilla sonreía. Totó seguía comiendo tranquilamente.

—¿Sabés Carbonilla?, Laura inventa cuentos para los chicos, por eso sabe todas esas cosas. Te conseguiré un trabajo.

Carbonilla estaba alegre. Cuan-

do hubieron tomado todo el chocolate con galletas, Totó dio un beso en la nariz del deshollinador y se fue. Carbonilla parpadeaba poniendo cara de zonzo. Por fin, Laura y él cuchichearon un rato, como para que no los oyeran ustedes, que todo lo espían. Y después, en puntas de pie, Carbonilla el deshollinador, se metió con su bicicleta en este cuento que acaban de leer.



Nochero

Cuando Luis le contó al viejito por qué estaba triste, éste chasqueó la lengua con picardía y se rió. Su risa hacía el mismo ruidito que las hojas secas cuando lengüetean en la llovizna.

—¿Con que eso es? —dijo—, ¡tiene solución, muchacho!, ¡ya vas a ver! —y salió llevando una gran tijera.

Afuera la noche estaba como requemada por viejísimos braseros. Era sólo negrura. El viejito recortó prolijamente en el aire una silueta de caballo. Le dio una airosa forma

de cabeza y cuatro cascos muy saltarines.

—¡Aquí lo tenés! —dijo poniéndolo delante de Luis—, es Nochero, tu caballo.

Luis tuvo que hacer un esfuerzo para cerrar la boca. Palmeó a Nochero y lo halló vibrante y con blanda frescura de los amaneceres.

—¡Nochero viejo! —dijo Luis alegremente. Lo montó, y saludando con la mano al viejito se fue a campo traviesa sin dejar huellas en los sembrados.

El dolor de Luis fue enorme cuando por la mañana buscó a Nochero y no lo encontró. El caballito de espuma negra había desaparecido y Luis, echado sobre el pasto, mordisqueaba un piolincito con tristeza. Todo su corazón de campo se llenó de briznas agobiadas, y bajando la cabeza lloró como si lloviera. La primera vez sintió

una lengua de rocío en el codo derecho. La segunda vez una ráfaga fresquita en la oreja. La tercera se dio cuenta que Nochero estaba a su lado pero, simplemente, no lo veía por la luz del sol.

Loco de alegría lo montó y galopó —como si galopara en el aire— bajo el montecito tejido de abejas y naranjos.

Cuando los otros peoncitos de la estancia vieron a Nochero no dieron más de ganas de tener un caballo igual. En vano salieron a la noche con grandes tijeras y recortaron siluetas.

De atrás para adelante; nada. De adelante para atrás; nada. Con larga cola; nada.

Entonces pensaron en robarle a Luis su caballito. Durante la noche era imposible, porque Luis y Nochero no se separaban. Durante el

día... ¿Cómo, si Nochero era invisible?

—Ya sé —dijo un chico—, lo atraeremos con una zanahoria.

Pero Nochero no se acercó, porque no le interesaban las zanahorias. Apenas si mordisqueaba los brotes tiernitos, dejándolos como si tal cosa porque sus dientes de noche sólo acariciaban a las plantas.

Mucho discutieron los chicos entre sí sobre cómo cazar a Nochero. Mientras tanto, Luis y su caballito corrían perseguidos por las mariposas, comiendo moras y estrellando el aire con panaderos.

Pero una noche, sin que Luis se diera cuenta, los chicos pintaron de rojo la cola de Nochero. Por la mañana se vio una llamarada triscando en los sembrados, al borde del estanque, y flotando en la dulzura del naranjal.

Los chicos se pusieron a correr tras la cola roja. Cuando iban a alcanzarla, Polaca, que andaba por allí, decidió ayudar a Nochero, y silbándole con cierto silbidito apoyó su cabeza sobre el anca del caballo, y la cola de Nochero se mezcló con su pelo encendido como un verano.

—¡Bah, bah! —dijeron los chicos—, era el pelo de Polaca. Y comenzaron a buscar por otro lado.

Cuando Nochero se vio en apuros nuevamente, acudieron en su ayuda las mariposas, y mientras el caballo ocultaba su cola entre la hierba, las mariposas se juntaron bajo una arboleda de chicharras y atrajeron a los chicos como si fueran la cola de Nochero.

Luego, las mariposas huyeron volando como Nochero y llevaron a los chicos hasta la misma ranura del horizonte. Allí se desbarataron

en mil carcajadas de colores.

Nochero ya tenía la cola limpia cuando los chicos volvieron. Habían recorrido todo el mundo buscando la cola del caballo. De regreso al naranjal vieron cómo Luis galopaba el aire y resignadamente tomaron sorbitos de agua fresca para descansar.



Mauricio y su silbido

Mauricio estaba agazapado entre los yuyos. Un airecito de poleo dulzón le ronroneaba dentro del oído.

“Ya debe estar por llegar”, se dijo, y empezó a elegir entre las piedras del suelo, la más abultada.

La sierra verde y gris descansaba como un gatito, enroscada bajo sus propios arbustos. Las vías del tren le hacían un claro entre la hierba. Pronto la locomotora pasaría como un escalofrío sobre el lomo de la siesta. Y eso era lo que esperaba Mauricio.

“¡Ya viene!”, se dijo. Todos los días a la misma hora él estaba allí. Tomó bien la piedra y balanceando el brazo en el aire la arrojó con fuerza.

¡Toc! La locomotora negra recibió un fuerte golpe en la chimenea. Ella, la locomotora que se fumaba muchísimas chimeneas diarias, recibía de manos de Mauricio el golpe número veintisiete. Venía silbando enloquecida, como todas las tardes a la misma hora. A Mauricio le pareció que esa era la tarde anterior, o la otra, o la otra; todas eran iguales.

Pero esta vez no fue igual. ¡Piiiiit... piiiit...!, venía el tren. ¡Piiit... piiit...!

Sin que Mauricio se diera cuenta la locomotora sacó, vaya a saber de dónde, una mano negra y arrancando un trozo de su silbido se lo arrojó a la cara.

Cayó sentado sobre la hierba. Sintió que se le metía entre los labios una especie de pececito movedizo.

“¡Ay!”, quiso decir, pero le salió un “¡Piiiiit!” agudo, igual que el de la locomotora. En medio de su sorpresa se puso contentísimo. Correteó un poco pisando las hierbas olorosas, haciendo “¡piiit, piiit!”. Después decidió jugar al tren y tomando las vías por su cuenta, se golpeaba las nalgas, galopando en una mezcla de tren y caballo blanco.

“¡Piiit piiit!”, decía. “¡Piiiiit!”. Por fin se cansó.

“Tengo que volver a casa”, quiso decir, pero le salieron tantos ¡piiit! como palabras deseó pronunciar.

“¡Mamá!”, gritó. “¡Piiit!”, salió.

“¡Mamá querida!”. “¡Piiit piiit!”.

“¿Qué me pasa?” “¿Piiit piiit piiit?”

Empezó a asustarse. Sacudién-

dose los pantalones se fue rápido al pueblo, para ver si su mamá le solucionaba el problema. Durante el camino trató de no hablar. Por las dudas.

—¿Dónde estuviste, Mauricio?
—preguntó mamá—. ¿No te parece que ya es pasada la hora del té?

—Sí mamá —quiso decir Mauricio, pero moduló un suave “piit piit”.

—¿Cómo Mauricio?

—¡No sé qué me pasa, mamita!
—lloró—. Pit, pit, pit, pit, piit piit.

—¡Mauricio!

El niño se prendió a la pollera de mamá y a su contacto se sintió un poco mejor. Lloraba mucho. Mamá, asustada, lo sentó en su falda tratando de calmarlo.

—¿Te duele la garganta? ¡Habla, por favor!

—(La locomotora, mamá) Pit piit pit.

—¡Mauricio, por favor!

—Pit pit pit piit pit pit.

—Mauricio, ¡creo que voy a castigarte!

—Pit pit pit pit.

El niño, desesperado, le pedía un genio pensando que eso podría curarlo. Pero su silbido era tan hermoso y tan fuerte como el de la locomotora negra.

Se fue a dormir sin cenar, porque cuando vino papá sólo pudo decirle “pit pit pit”. Y de la misma forma lloraba abrazado a la almohada.

—¡Piiiiit! —decía— (no puede ser).
¡Piiiiit!

Pero el verdadero problema fue al día siguiente cuando papá no quiso atender razones y lo mandó a la escuela con la colita algo colorada.

—¡Piiiiit piit! —lloraba Mauricio dentro del aula, porque la maestra lo dejó sin recreo y sus compañeros

lo miraban con curiosidad.

Mauricio sabía escribir poco, así que, con mucha dificultad, hizo una esquelita a su amigo Nené donde le decía: "le tiré piedra al tren y el tren me tiró silbido". Nené voló muy asustado a mostrarle la esquelita a la maestra y ésta llamó por teléfono a papá.

Hablaron de un *psiquiatra*. ¿Qué sería un *psiquiatra*? ¿Sería una inyección? ¿O una purga?

—¡Piiit! —se quejó desconsolado Mauricio.

Ese mismo día decidió irse de su casa. Extendió sobre la cama un repasador de la cocina y puso allí su álbum de figuritas, dos manzanas, un pedazo de pan y su hermoso libro nuevo de lectura. Sin que nadie se diera cuenta salió por la puertita de atrás y se dirigió hacia el campo, acercándose a las sierras, sin rumbo fijo.

Cuando se encontró con el linchera tuvo miedo. Pero pronto vio que era un viejito color castaña que sabía muchas historias. Había hecho una enramada e invitó a Mauricio a quedarse allí. Le importó muy poco que el niño no hablara. Ni siquiera se sorprendía cuando se le escapaba uno que otro "piiit".

—Son cosas tuyas —comentó—, cada uno tiene su propia vida.

Y tomaba mate amargo con alegría, como quien da un beso en cada sorbo. Mauricio aprendió a tomar mate, oyó una infinidad de historias de animales y de duendecillos del campo.

Se enteró que las sierras estaban llenas de ellos, pequeños seres traviesos, vestidos con capuchitas rojas, que se escondían entre las piedras y en el hueco de los árboles.

En cuanto supo de la existencia de los duendes, se puso a buscarlos

desesperado. Quizás ellos, con algún poder mágico, pudiesen devolverle sus palabras perdidas.

Exploró los huecos, levantó las piedras, metió palitos en los agujeros del suelo y... nada.

El viejito lo miraba y lo dejaba hacer. El siempre conseguía comida, misteriosamente, y Mauricio lo supuso en contacto con los duendes de las sierras.

—No los busques más —le dijo un día el linyera—, ellos no podrán ayudarte. Cada uno debe resolver sus propios problemas. Hay que empezar por buscar la causa y no lavarse las manos recurriendo a mamá o a los duendes.

Mauricio no comprendió bien lo que le dijera el viejito.

—¿Piiiiit? —preguntó.

Entonces el viejito le dijo que todo lo que nos pasa es el resultado de nuestras propias acciones, o de las

acciones de otras personas, y que las soluciones hay que buscarlas allí, entre los hombres, y no fuera de ellos.

Mauricio pensó mucho en eso. El no poder hablar lo habituó a pensar más, a enroscarse dentro de sí mismo. Y así fue que un día, tímidamente, volvió a sentarse a esperar el paso de la locomotora. Tenía miedo. El aire y el olor a poleo eran exactamente iguales a los del día en que arrojara la piedra número veintisiete. Temblaba un poco sentado frente a las vías.

Cuando a lo lejos oyó el pito del tren su corazón enloqueció. Mauricio estuvo a punto de salir corriendo. Tenía miedo. Escandalosamente apareció la locomotora negra y el niño la miró con fijeza.

—Chau —le dijo.

Sintió de pronto como si un pececillo movedizo se le fuera de la bo-

ca. Tenía la lengua un poco dura.

—Ma... má —articuló en un susurro—, ¡ya... ya... ya hablo!

Levantándose corrió hacia su casa por entre el poleo y las piedras y los huecos profundos poblados de duendes de rojas capuchitas.



Monigote de carbón

Micael, el monigote, despertó una mañanita celeste dibujado sobre la pared. El sol al hacerle cosquillas, lo hizo reír a carcajadas, porque Micael era alegre y saltarín como una pelotita. Lástima que su destino fuera estar siempre estampado con carbón en esa aburrida pared.

Primero se divirtió mucho mirando pasar a la gente. Los chicos blancos de la escuela, la abuelita de la gran bolsa del mercado, Pepa —la sirvienta— que siempre soñaba con un novio, la mujer gris

que iba lagañosamente a la iglesia todas las mañanas.

Mucha gente había reparado en él, "¡qué gracioso monigote!" –decían–, "pero..." –y aquí venía la gran pena de Micael–, "pero lástima que le falte un ojo".

Así era. El pobre Micael se enteró que no era un monigote completo con cabeza, ojos, nariz y un pequeño pitito guardado. Supo con pena que le faltaba un ojo. Se puso a soñar con otro ojo, redondo, nuevito, que descansara junto al que ya tenía como si fuera un agujerito hecho por el dedo de un niño.

"Ah –pensaba–, ¡si alguien me dibujara otro ojito, un puntito tan solo, un redondito negro dentro de la cara!"

Pero a nadie se le ocurría tal cosa. Micael vivía sin amigos. A veces se le posaban las moscas encima, para tomar sol; pero las moscas eran

tontas, y cuando él les hablaba se limitaban a tantearlo con sus trompas para ver si era comestible.

"¡Tontas!" –les gritaba Micael–. "¿Dónde vieron que los monigotes se coman?"

Las hormigas era aún peores porque a veces querían morderle sus bracitos de carbón. Y los pajaritos... ¡Oh los pajaritos!, ellos vivían en otro mundo, balanceándose en el aire, felices, y poco caso hacían de un pobre monigote de carbón.

Pero cierto día llegó Roque masticando una sabrosa caña de azúcar. Masticaba y escupía. Masticaba y escupía "¡chuf! ¡chuf!" contra la pared, y Micael recibió sobre su único ojo un salivazo dulzón y fibroso.

Se enojó un poco Micael. Luego se puso bien derechito, como el policía de puños blancos que movía

los brazos en la esquina. Quizás Roque se fijase en él.

Y así fue. El niño siguió con la yema del dedo todo el dibujo de Micael, los bracitos, las piernitas flacas, el gran cuerpo redondo, y sonrió con la boca llena de caña. Micael sintió las mismas cosquillas que le hacía el sol y se puso a reír.

“¡Qué lindo sos! –le dijo el niño–, te haría el ojo que te falta, así, al lado del otro”.

Micael dio un respingo.

“También te haría un sombrero negro de pirata con una calavera y dos huesos cruzados. Serías el Gran Pirata Negro Rey del Caribe y de los Mares Universales”.

La emoción del monigote no tenía límites. “¡Qué honor ser un señor tan importante! ¿En qué trabajarían los piratas? ¡Y qué nombre tan largo tenía ese señor Caribe Universales!”

“Te haría también –continuó Roque siempre con su flauta de caña pegajosa– un trabuco y una espada en cada mano, y unas botas y al lado un barco lleno de oro”.

“¡Señor, con lo lindo que sería tener zapatos nuevos, y un barco!”, Micael estaba loco de alegría, pero casi se cayó de la pared cuando Roque sentenció: “Lástima que no tengo carbón ni tiza, ni siquiera un cascote”. Con el dedo mojado escribió un invisible “roque” al lado de Micael y se fue silbando una mezcla de “arroz con leche” y “Mambrú”.

Micael lloró mucho ese día. Las lágrimas resbalaban de su ojo al suelo ¡plic! ¡plic! y formaron un charquito tan grande que un perrito que andaba por allí buscando dónde hacer pis, creyó que le habían ganado el lugar.

¡También! Pero Micael pensó que las cosas no podrían quedar así.

Tanto y tanto hizo, que se desprendió de la pared y cuando Roque pasó por allí camino a la escuela, se deslizó entre sus útiles y con mucho cuidado se acomodó lo más bien en el cuaderno del niño. Se estiró en una hoja blanquita y suave, debajo de un problema.

“¿Qué es esto Roque?”, rugió la maestra cuando corregía los deberes, y con un enorme lápiz rojo trazó una cruz sobre Micael. El monigote la miró con odio. Estaba preso. La cruz le pasaba justo por sobre la pancita. Roque tenía los ojos redondeados por el estupor.

“Señorita... yo... no sé... no lo hice...”

“¿Y encima mentiras? Te quedarás después de clase”.

Y el pobre Roque, cabizbajo, escribió debajo de Micael, cuarenta veces, “no debo hacer monigotes en el cuaderno”.

“Por tu culpa –le decía lloroso a Micael–. ¿Por qué tenías que venir a mi cuaderno? Mirá vos, con lo lindo que estaba, ahora la maestra me lo rayó. Yo no digo que vos no seas lindo pero... ¡Mirá, por tu culpa!”

Micael estaba muy triste, no sabía cómo consolar a Roque; ya no pensaba en su ojo ni en su sombrero de Caribe Universales. Sólo quería hacer algo para que Roque no estuviese triste.

Por eso, ya en casa del niño, y mientras éste tomaba su sopa fría y reprochada, saltó hasta la cabecera de la cama. “Adornaré su pared”, se dijo muy contento, palmoteando de alegría. Pero al rato Roque lloraba en su cama con algunas marcas coloradas en la colita.

“¿Qué diablos querés monigote?”, le gritó. “¿Ves lo que me hacés?”

Y se durmió apenado mientras Micael se rascaba la cabeza tratando de entender las cosas.

A la mañana siguiente, para pasar inadvertido, saltó hasta un papelito arrugado que llevaba el niño en el bolsillo del guardapolvo. Roque tomó papeles y colores y se fue hacia una plaza alegre como una calesita.

Había un concurso de dibujo. Pero Roque estaba triste y sólo hacía rayitas en el suelo con la punta del dedo.

Micael, de un salto, se estampó en la hermosa hoja blanca que yacía sobre el pasto. Cuando Roque lo vio se puso un poco más contento. Después tomó su lápiz y le dibujó un ojito negro, pícaro, redondito, un gran sombrero, un trabuco, botas, un velero maravilloso; luego pintó todo con los colores más hermosos: con sol, con naranjada, con

briznas de pasto y caramelos de frutilla.

Ahora Micael está en el cuarto de Roque. Al pie de la hoja, casi junto al hermoso marco que la rodea dice: "Gran Pirata Negro Rey del Caribe y de los Mares Universales – Primer Premio".



El pueblo dibujado

“Voy a hacer dibujos en la pared”, dijo Laurita un día. Mamá y papá se habían ido a trabajar temprano y ella, como siempre, quedaba sola con Humo, su gato gris. ¡Qué lindo era hacer dibujos de colores! Pero Laurita no tenía con qué pintar.

Le gustaba sin embargo pensar en esos brillantes lápices de aceite que tenían algunos chicos.

“Parecen de caramelo”, se dijo. “Me los comería”.

Estaba segura de que el rojo tenía gusto a frutilla; el verde a men-

ta; y el marrón a chocolate; y el amarillo a limón. ¿Y el negro? ¿Y el azul? ¿Qué gusto tendrían? Quizás a dulce de membrillo, o a coca cola. Pero ahora solamente tenía para hacer su dibujo un pedazo de tiza que encontró en la calle, un cascote rojo y un carbón. Cuando se quedaba sola, sobre todo en mañanas mojadas y solitarias como aquella, hacía hermosos dibujos en una de las paredes de la cocina. Mamá se la había regalado para ella y sobre la pintura descascarada, vieja y llena de humo, desfilaban hermosos patos, trenes, barcos y monigotes.

“Hoy dibujaré un pueblo grande —se dijo alistando la tiza, el carbón y el cascote—. Pensaré los colores y listo... ¡Pobre mi pueblo! Sin colores, no puede ser lindo”.

Afuera la lluvia cantaba. La niña la escuchó un rato y le dijo a Humo:
—Llueven pajaritos azules. A vos

no te gustan ¿no? Ni los grillos de vidrio tampoco, esos que gotean por los agujeros del techo. ¡Ay Humo! ¿Por qué no te gustará el agua?

Mientras hablaba con el gato su pueblo fue creciendo.

“Haré que llueva y en las zanjas flotarán barquitos de papel. Tirín tin tin, tolón tolón”, cantaba, y el pueblo se ponía cada vez más hermoso.

“Te dibujaré sobre el techo, Humo, ¿sabés? Los techos son de color zanahoria; las paredes, marrones, amarillas y violetas. Vos imagínate, Humo”.

Siguió hablándole al gato, que la miraba muy interesado. El cielo sería gris y los árboles de fresquísima menta, y también rojos y azules y con manzanas redondas colgando de las ramas.

“Tirín tin tin, tolón ton ton”.

La tiza y el carbón y el cascote ya

estaban chiquitos. Iban y venían por las chimeneas, por las ventanitas, por las calles amplias y brillantes y de vez en cuando, hacían un toque en la nariz de Laurita.

“Ahora haré la lluvia”.

Atravesó el pueblo con rayitas oblicuas como si fueran puntadas hechas con aguja. Listo. Su pueblo mojado ya estaba. Humo, con su aspecto de madeja escapada de cualquier chimenea, aprobaba ronroneando y guiñando sus ojos del color de la luz verde de los semáforos. Laurita le sentó en su regazo y entre los dos comieron el pan que mamá les dejara cortado sobre la mesa, y miraron el pueblo.

“Es lindo, ¿no, Humo? No tiene colores pero no cualquier pueblo tiene un gato como vos. Mirá qué lindo estás en ese techo. Después, hay barquitos en las zanjas; y en las casitas, hay muñecos y armarios

llenos de tortas, y abuelas, de esas dibujadas, que cuentan cuentos. Por allá, detrás de los árboles, hay una plaza con hamacas. No hay gente en la calle porque llueve. Los monigotes están adentro; no quieren mojarse”.

Humo decía que sí, masticando cascaritas de pan.

Aquella noche Laurita no podía dormir. Su cama estaba en la cocina, porque no había otra pieza en la casita. Pero ella estaba contenta porque Humo la acompañaba y estaba además, cerca de sus dibujos. Papá y mamá ya dormían. Ellos venían cansados de trabajar. Mamá sobre todo, estaba siempre muy ocupada.

“El dibujo está lindo –le había dicho esa tarde a Laurita–, pero no rayes tanto las paredes, hacelos más chicos”.

Laurita se entristeció; ¿rayas?, su pueblo no era un montón de rayas, ¡no señor!

“¿No es cierto Humo que no? Es un pueblo precioso. Allí estás vos y allí viven los monigotes, en las casitas”.

Mientras hablaba con su gato en medio de la oscuridad, con los ojos como dos lunas castañas, vio que una de las casitas de su pueblo estaba iluminada.

“¡Humo! ¿Ves lo que yo veo?”

El gato paró las orejas y empezó a husmear. La niña se acercó al dibujo y lo miró de cerca. No había duda. Alguien estaba dentro de la casita; y ese alguien barría. Laurita miró con la boca abierta. Una monigota muy graciosa y movediza, barría y barría con cara de enojada. Tan rápido se movía, que a veces se enredaba en la escoba.

Con la punta del dedo índice Lau-

rita golpeó la puerta dibujada. La monigota dejó de barrer y un monigote muy gordo, abrió con cara de pocos amigos.

—¡Zak zek zek crr crr crr! —le dijo.

Su voz era como la de un grillo. Sonaba como el salpicar de la lluvia en una vieja tinaja. Parecía muy enojado y señalaba el cielo gris y el piso de la casita, sucio de barro.

—¡Grrrrr grrrrr grrrrr ñic ñoc ñic crr crr! —rezongaba.

La monigota salió detrás enarbolando la escoba y amenazando a Laurita. Esta no pudo menos que reírse al verlos tan chiquitos y enojados.

—¿Qué les pasa? ¿Están enojados conmigo?

—¡Crr crr crr kij kij kij ñic ñoc!

—¡Brr uj uj! —dijeron los dos al mismo tiempo.

Ahora parecían un ejército de

grillos y toda una gran lluvia cayendo en la tinaja.

Ante ese griterío todas las casitas se fueron iluminando. El pueblo estaba precioso. Pero los monigotes no salían porque tenían miedo de mojarse. Todos estaban enojados y chirriaban desde sus puertitas y ventanas.

—¡Pobrecitos! ¡No pueden salir porque van a mojarse! ¡Claro, si yo hice un pueblo con lluvia!

—¡Crr trr trr brr brr! —gritaron todos.

—¿No pueden hablar como yo? ¿No saben decir “silla” y “mesa”?

—¡Trr! —dijeron los monigotes tristemente, sacudiendo las cabezas.

—Bueno, no importa. Mañana yo voy a hacer que no sea así.

Los monigotes cerraron sus puertas y ventanas. Se apagaron las luces y Laurita y Humo, todavía

asombrados, se quedaron soñando con monigotes negros de piernitas flacas.

A la mañana siguiente, Laurita dibujó con carbón muchos paragüitas y botitas y los puso delante de las casas. También dibujó una gran caja de caramelos.

Ese día debía encargarse de preparar la sopa, y dejarla lista para cuando estuviera mamá. Iba a hacerla con fideos de letras, ¡qué lindos eran!

Mientras el caldo hervía haciendo hermosos dibujos de vapor, Laurita fue a buscar los fideos. Humo, como siempre, la acompañaba. Pero grande fue el asombro de los dos cuando vieron la lata destapada y oyeron ruidos adentro. Humo se puso muy serio, porque creyó que era un ratón. Despacito, Laurita se asomó a la lata y abrió mucho

los ojos cuando vio a un monigote con paraguas y botas, muy atareado eligiendo letras.

—¡Eh! —dijo Laurita—, ¿qué hacés aquí?

El monigote siguió trabajando como si tal cosa. Elegía letras y las ponía en una bolsita azul.

—Monigote, ¿qué hacés? —insistió Laurita.

El muñequito le contestó con un gesto y siguió sin preocuparse más ni de Laurita ni de Humo. Cuando terminó, arrastró con gran trabajo la bolsita y el paraguas hasta la mesa y allí empezó a armar palabras: QUEREMOS MUCHAS LETRAS DE ESTAS, escribió primero. BASTA DE LLUVIA, puso después, y tomando su paraguas y su bolsa, saltó hacia el dibujo y desapareció en una de las casitas.

Laurita y Humo se miraban asombrados.

—¡Pobrecitos! —dijo la niña—. Los he condenado a vivir bajo la lluvia. La voy a borrar. Pero... decime Humo, ¿para qué quieren tantos fideos de letras?

Mientras pensaba, Laurita hizo la sopa y puso la mesa.

Cuando llegó mamá, todo estaba listo, pero la sopa tenía mucha sal y Laurita se había olvidado de comprar el pan.

—¿Qué son esos paraguas que hiciste en la pared? —preguntó papá, y se rió, porque en un día de lluvia todo el pueblo había dejado sus botas y sus paraguas afuera.

Laurita y Humo se hicieron los desentendidos.

—Papá, —dijo Laurita— ¿viven monigotes en los pueblos dibujados?

—Humm... eso depende de quién los dibuje. Si el que dibuja el pueblo lo quiere mucho, creo que sí.

—¿Qué harías vos para enseñarle a hablar a alguien que no habla nunca, a Humo, por ejemplo?

—Ah, —dijo papá riendo—, lo mejor es la sopa de letras, tan rica como la hacés vos.

—¡Claro! —dijo Laurita, y siguió comiendo sin darse cuenta.

Aquella tarde, con un trapito mojado en saliva, borró la lluvia de su pueblo dibujado. Junto a los paraguüitas y a las botas, que ya no servían para nada, hizo muchas bolsas pequeñas.

—Ya vas a ver —le dijo a Humo— cómo pronto esos monigotes tan cascarrabias van a poder hablar.

El gato miró tranquilamente a su dueña y se enroscó sobre su silla, a esperar la noche.

Estaba oscuro. Papá y mamá jugaron un rato con Laurita antes de dormir. Papá, algunas noches, le

contaba cosas que le daban tanta risa como si le estuvieran haciendo cosquillas.

Ya las respiraciones tranquilas subían y bajaban. El pueblito se iluminó y Laurita, de rodillas en la cama, esperaba. El monigote gordo abrió la puerta y empezó a levantar las bolsitas, ronroneando como Humo.

—¡Jrr jrr! —saludó a Laurita.

Esta, despacito, fue hacia el estante de los tarros y sacó el de los fideos de letras. Lo destapó y lo puso sobre la cama. Una fila de monigotes preciosos, cada cual con su bolsita al hombro, saltó de la pared y empezaron a llenarlas muy ligero. Laurita los ayudó.

—Rrr trn jjjsss.

—Zz mbbb.

—Kll kll kl.

Era tan grande el ruido que hacían que Laurita pensó en una inva-

sión de moscardones y en el chirrido de muchas puertas sin aceite.

Con las bolsas repletas los monigotes, siempre en fila, se fueron hacia sus casitas, haciendo alegres saludos. Un monigote de pelo muy parado, como pinchos de una tuna, tiró de los bigotes a Humo y luego se fue riendo "¡crrrs crrrs crrrs!", como si triturase cascaritas de pan tostado entre los dientes.

Las puertitas se cerraron y Laurita, muy emocionada, se sentó a esperar acostando a Humo sobre sus pies, para que se los calentara.

De pronto, el monigote gordo que viera por primera vez, salió y empezó a hacer mil ademanes mientras chirriaba como loco. Se movía tan rápido que Laurita temió que se cayese de la pared. Señalaba la chimenea, juntaba las manitos como implorando, hacía como que revolvía un gran caldero,

luego como que comía algo muy rico, y por fin señalaba nuevamente las chimeneas.

Laurita asintió suspirando. Luego de revolver los rincones negros encontró un pedacito de carbón que había guardado y de puntillas se acercó a la pared. Mordiéndose la lengüita para que le saliera mejor, dibujó una hermosa espiral de humo en cada chimenea. Los monigotes ya tenían fuego.

—¡Bueno, Crr Crr, espero que estés conforme!

Saltando como una pelotita, el monigote le tiró un puñado de besos, y siempre corriendo enloquecido, se metió en la casa.

Laurita espió por la ventana. Había una olla muy grande en el fuego y los monigotes hacían una ronda bailoteando alrededor, mientras la olla cantaba un glu glu glu muy caliente. Todos estaban

contentos y se movían tan ligero que Laurita se mareaba de mirarlos. La monigota más grande vació sus bolsitas de fideos en la olla y todos aplaudieron.

Luego se fueron acercando en fila a la olla, cada uno con su platito. La monigota servía riquísimas cucharadas de sopa de letras.

Laurita y Humo los veían comer, sentaditos alrededor de sus mesas, callados y juiciosos, a grandes cucharadas. De repente, un monigote tiró el plato vacío y salió corriendo hacia la puerta diciendo cosas que Laurita no lograba escuchar. Pero mamá monigota lo pilló del único tirador de su pantaloncito y recién después que hubo recogido el plato del suelo lo dejó salir.

—¡Pobre Crr Crr! —se rió Laurita—
¡Qué enfurruñado está!

Se abrió la puerta y toda la fila de monigotes saltó hacia la cama de la

niña. Uno se le paró en la cabeza, otro en la nariz, dos o tres cabalgaron en el hombro y dos monigotitos muy chiquitines se hamacaban colgados de los bigotes de Humo. ¡Qué zarpazos tiraba el gato!, pero pronto vio que no pasaba nada, así que se sentó muy serio sobre el regazo de Laurita y los dejó jugar en paz.

—¡Ahora podemos hablar! ¡Ahora podemos hablar! —gritaron todos con sus vocecitas de diez mil grillos.

—¡Lindo nos hiciste al principio! —gritó Crr Crr—, ¡hacernos vivir para siempre en un pueblo con lluvia!

—¡Me ensuciaban el piso con barro! —dijo la monigota—. Y no podíamos salir casi, por miedo a que la lluvia nos borrara.

—¡Pobrecitos! —se compadeció Laurita—. Es que... yo, claro, no sabía que estaban ustedes.

—Nosotros venimos de todas partes, de las paredes donde nos dibujaron muchos chicos. Teníamos frío, ¡y tu pueblo es tan hermoso!

Laurita se puso colorada.

—¡Es un pueblo estupendo, tra-la-la! —cantaron los monigotes de Humo—. Tiene barquitos en las zanjas, ¡y muchas tortitas en los armarios!

Todos hablaban a la vez. Mamá monigota cuidaba que los chicos no se pusieran los deditos en la nariz.

—¿Por qué hablaban de esa manera tan rara, Crr Crr?

—Porque los chicos que nos dibujaron todavía no sabían leer, entonces no sabíamos las palabras. Pero —chilló dándole un beso en la nariz— hicimos sopa de letras, con tu ayuda, y aquí nos tenés.

—¡Ratones - pepinos - hipopótamos - cocodrilos - paralelepípedos! —cantaban los monigotes corriendo sobre la cama.

—¡Qué lindas son las palabras! Dedales - cacerolas - caracoles - lapicera - escupideras ¿por qué no voy a decir escupideras?

Laurita se reía, muy contenta y Humo ya no escuchaba nada porque los monigotes estaban investigándole las orejas y hacían más ruido que una gran tormenta.

El sueño iba cayendo, aterciopeado, sobre todos.

—Tus dibujos son los más hermosos, —dijo Crr Crr— cuando hagas un barco se te llenará de marineros y en la playa los caracoles harán sonar el viento como una guitarra.

—Si hacés un campo, vendrán las vaquitas y los grillos.

—¡Y el aire será como un refresco!

—¡Dibujá un avión, para que nos lleve de paseo!

Laurita se quedó dormida, dormida... Los monigotes se retiraron despacito, para no molestarla.

—¡Hasta mañana! —sisearon—.
¡Volveremos todos los días!

—Mañana haré un barco... —murmuró Laurita entre sueños— ...para que se llene de marineros... y también un circo y vendrá el elefante más azul y todos comeremos pan con manteca...

La oscuridad se cerró como un ojo de pestañas tibias mientras los monigotes se acomodaban en sus casitas. En un descuido de mamá monigota, un chiquitín se asomó a la ventana.

—¡Aaatchís! —estornudó—. ¡Laurita, por favor, mañana hacenos una calesita y un kiosco de caramelos!



Bumble y los marineros de papel

Los tres marineros de papel saltaron del barquito blanco porque estaban cansados de estar quietos. Ataron a Bumble con un hilo y lo llevaron con ellos. Total, ¡era tan livianito! El barquito blanco saltaba muy contento entre las piedras y el pasto, porque los tres marineros iban a averiguar qué cosa era el mar.

Llegaron hasta donde estaba el gato negro, bien dormidito debajo del parral. "Sniff, sniff", los marineros olieron el aire. No se explica-

ban cómo el aroma de esas uvas, redondas como racimos de soles, no lo despertaban.

—¡Señor gato! ¡Señor gato! —dijeron tocando al michi con esos deditos que a veces usan los chicos para meter en la nariz.

—¿Miaaaaauu? Mn... mn... mn... ñac-ñac, ñac-ñac, —dijo el gato, y se estiró como si fuera una lombriz— ¿qué? —preguntó—, ¿ya está mi lechita lista?

—Señor gato ¿qué es el mar? —dijeron los marineritos.

—Buaaaa, —bostezó el michi tapándose la boca con la patita—, es una cosa muy grande, toda llena de agua... ¡Brrr! ¡Brrr! A mí no me gusta el mar.

Y siguió durmiendo mientras las abejas ronroneaban patinando sobre las uvas. Todo el parral era un arrorró muy suave y los marineritos se fueron en puntas de pie para

no despertar al gato; haciendo “chit-chit”, con el dedito que los chicos meten en la nariz.

—Si el mar es de agua podremos navegar —comentaron regocijados, y Bumble saltaba como un grillito blanco de papel por entre las piedras.

—El mar debe ser como una gran fuente de sopa, —dijeron los marineros.

El perro los atendió mejor. Con voz gruesa les dijo que el mar tenía olor a sal y hacía ruido como cuando el viento se mete por un agujero. Era todo lo que sabía.

—¡Guau, guau! —recomendó muy amable—, cuidado, dicen también que es muy hondo, mucho más hondo que un balde.

—El mar debe ser como una torre de agua llena de campanas —dijeron los marineros.

La vaca poco y nada pudo decir-

les. Masticando su bocado de pasto, comentó que la única agua que conocía era la que sorbía lentamente en su tina de madera.

—Sí —dijo pensativa—, si hay tanta agua como ustedes dicen, debe ser muy pero muy mojado. Cuídense marineritos, —y siguió masticando con el ceño fruncido y los ojos lejanos.

—El mar debe ser como una gran lluvia, —dijeron ellos.

Descansaron un rato dentro de un hormiguero. Las hormiguitas rojas les contaron que alrededor del mar había arena amarillita, caracoles hermosos para hacerse una casa, conchas muy blancas y lisas.

—El mar debe ser como un jardín con muchos juguetes, —dijeron los marineritos.

El cerdo los atendió de mal humor.

—Grunc, grunc. El mar es una cochina, no tiene barro, no tiene olorcito a chiquero, bah, una porquería. ¡Grunc, grunc! ¡Nada mejor que un chiquero!

Y se metió con gusto en su barro negro y oloroso.

—El mar debe ser un balde de agua con jabón —dijeron.

Los marineritos estaban cansados. Visitaron al caballo, al conejo, a la paloma, y todos les decían cosas del mar; malas y buenas. ¿Cómo sería en definitiva esa gran cosa mojada, honda, con caracoles y que hacía ruido?

Cuando la tortuga les dijo que los llevaría al mar, palmotearon y cantaron como pajaritos. Ataron a Bumble a la colita de la tortuga y ellos se acomodaron sobre su caparazón.

Lentamente, con muchos soles repetidos sobre las cabecitas, llega-

ron un día a una playa dorada como el pan. ¡Qué emoción! Bumble saltaba sobre la arena. Los tres marineros besaron a la tortuga en la trompita y se lanzaron a navegar. Bumble se deslizó alegremente como un patito y se perdió en la lejanía.

Desde la orilla, siempre se ve en el horizonte un barco muy pequeño que nos hace pensar "¡qué lejos va!" Pero no es así. No es chiquito porque esté lejos, sino porque es el pequeño Bumble que con sus tres marineritos de papel abre el agua con su pancita blanca, muy pero muy cerca de la orilla.



Indice

Carta a los chicos	3
La torre de cubos	7
La planta de Bartolo	21
El deshollinador que no tenía trabajo	29
Nochero	47
Mauricio y su silbido	55
Monigote de carbón	67
El pueblo dibujado	79
Bumble y los marineros de papel	101

Libros del malabarista

Colección dirigida por Gustavo Roldán

Monigote en la arena - Laura Devetach • El monte era una fiesta - Gustavo Roldán • Oiga, chamigo Aguará - Adela Basch • Doña Clementina Queridita, la achicadora - Graciela Montes • Cuentos y títeres - Javier Villafaña • La torre de cubos - Laura Devetach • Cada cual se divierte como puede - Gustavo Roldán • La flauta del afilador - Antología • Cuentos de Guane - Nersys Felipe • La 305 - Aldo Tulián • Cuentos y chinventos - Silvia Schujer • El Molinete - Carlos A. Martínez • El casamiento del Número Tres - Alma Maritano • Palabrelío - Gloria Pampillo • Mariposa del aire - Federico García Lorca • Historia de un amor exagerado - Graciela Montes • El fuego - Miriam González, Ricardo Uriona • Cuentos de otros planetas - Graciela Falbo • La tortuga gigante y otros cuentos de la selva - Horacio Quiroga • La escuela de las hadas - Conrado Nalé Roxlo • Un suspiro largo y mojado - María Cristina Casadei • Agustina y cada cosa - Santiago Kovadloff • El hombrecito verde y su pájaro - Laura Devetach • Junto al álamo de los sínsones - Emilio de Armas • Las picardías de Hérshel - Manuela Fingueret, Eliahu Toker • Sapo en Buenos Aires - Gustavo Roldán • 8 cuentos 8 - Antología • Cuentos con trenes - Aldo Tulián • Los troesmas de la Capital cuentan - Antología • Cuentos del circo - Ricardo Mariño • Qué fácil es volar - Antonio Machado • ¡Ufa! 6 cuenteros más - Antología • Secreto caracol - Froilán Escobar • Abran cancha que aquí viene Don Quijote de la Mancha - Adela Basch • El loro pelado y otros cuentos de la selva - Horacio Quiroga • El hada del zapato - Griselda Gálmez • Todos los juegos el juego - Gustavo Roldán • Memorias de Vladimir - Perla Suez • Las torres de Nuremberg - José Sebastián Tallon • El tobillo abandonado - Santiago Kovadloff • El último dinosaurio - Alma Maritano • El planeta azul - Luis Manuel García Méndez • Cuentos de pan y manteca - Sara Zapata • El caballo celoso - Javier Villafaña • Cuentos cortos, medianos y flacos - Silvia Schujer • Qué me cuenta, maestro - Antología • Los Chichiricú del Charco de la Jicara - Julia Calzadilla Nuñez • Cinco más cinco - Antología • Una fila de cuentos - Antología • La travesía de Manuela - Ana Alvarado • Cuentos crueles - Saki • El crimen del señor Ambrosio - Sandra Siemens • Los hermanos no son cuento - María Inés Falconi • Una caja llena de - Laura Devetach • Amores imposibles y otros encantamientos - Horacio Clemente • Barbanegra y los buñuelos - Ema Wolf • Caperucita Roja II - Esteban Valentino • El titiritero de la paloma - Horacio Tignanelli • La noche del elefante - Gustavo Roldán • Los calamitosos - Luis Cabrera Delgado • Cementerio clandestino - Eduardo A. González • El león y la aurora - Juan Raúl Rithner • El último dragón - Gustavo Roldán • Cuentos de La Papelera - Rubén Palubne • La historia de Fulgencio y Clotilde - Jorge D. Moreno • Las ideas de Lía - Andrea Ferrari •

Esta edición
de 3000 ejemplares
se terminó de imprimir en
A.B.R.N. Producciones Gráficas S.R.L.,
Wenceslao Villafañe 468,
Buenos Aires, Argentina,
en noviembre de 2006.